



Fernández Sánchez pintando en Sabucedo

Javier Travieso Mougán

Todos aquellos enamorados del arte en Galicia que revuelvan en sus armarios viejos libros y folletos olvidados es muy probable que encuentren, en medio de cualquier carpeta, algunos de los volúmenes de memorias que el artista coruñés José Fernández Sánchez publicaba ocasionalmente para repartir entre sus amigos.

Había nacido Fernández Sánchez en las proximidades de A Coruña, en lo que es hoy la barriada de Elviña, en el año 1913. Su presencia llegó a ser muy popular en nuestras ciudades durante décadas, pues convertía cada inauguración y posterior clausura de sus exposiciones en un espectáculo para recordar, repleto de invitados, actuaciones, conferencias, entrevistas y otros muchos atractivos.

Como el arte de los pinceles no suele dar para vivir, se ganaba el sustento diario trabajando como empleado en los talleres de pintura industrial de CAMPSA. De ahí la perspicacia del cronista Borobó, que le animaba desde sus *anacos* de prensa a que firmara sus obras con el insólito seudónimo de *Campseiro*. Hoy podrá resultar desconcertante, pero las personas de cierta edad sabemos que, en tiempos no muy lejanos, la desinencia “eiro” implicaba, en determinados ambientes de gente ignorante, un plus de calidad para cualquier pintor gallego que aspirase a conseguir cierto renombre. Nuestro artista



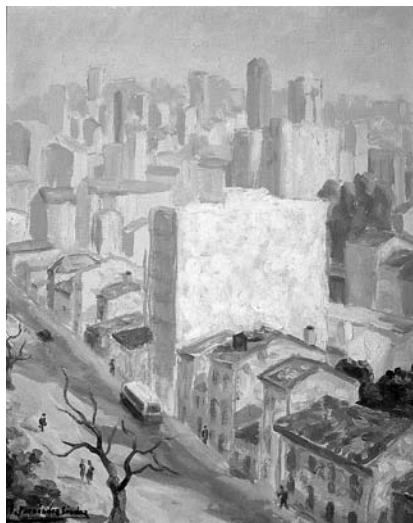
salió inmediatamente al paso de tal proposición dejando ver, con digna honestidad de su parte, el orgullo con que asumía los apellidos familiares pese a ser tan comunes por lo que, finalmente, persistió en su idea de continuar firmando como lo había hecho siempre.

Destacan en Fernández Sánchez unas excelentes condiciones innatas para el dibujo. Se matriculó muy joven en la Escuela de Artes y Oficios de A Coruña, en la que fue alumno de insignes profesores de la época, como Rafael Barros, Jesús Fernández o Mariano Izquierdo. Sobrellevó la tragedia de la Guerra Civil sirviendo como artillero en la Batería de Costa. Tan amarga experiencia la supo rentabilizar -como pintor vocacional que era-, captando el bravío de los acantilados de la Torre de Hércules y de Santa Cruz en bocetos y apuntes de circunstancias, que trasladará años después a un ciclo de

telas marcadamente tenebristas, muy propias de sus primeros años. En 1940 decide mostrar su obra ante el público coruñés y, a partir de ahí, su actividad pictórica será continua año tras año, exponiendo sin cesar dentro y fuera de Galicia hasta que, un mal día, a comienzos de la década de los años noventa, mientras caminaba hacia su domicilio del barrio de Monelos, su agotado corazón octogenario renunció para siempre a seguir dando aliento a un espíritu intensamente vitalista como era el suyo.

Puestos a comentar las singularidades de su abundante obra, no dudamos en afirmar que los rasgos distintivos de su estilo pictórico se nutren de la vieja tradición paisajística coruñesa de Lloréns, Abelenda o Seijo Rubio. Enriquece estos resultados con algunas briznas de cierto ingenuismo marcadamente formalista, apenas alejado de la libertad expresiva de la Escuela de Vallecas. Con gran amplitud y seguridad de pincelada, se enfrenta sin temor a grandes telas de diferentes tamaños, rebosantes de verdor genuinamente galaico. También recrea exhuberantes y frondosos valles primaverales junto a dilatadas panorámicas lucenses de las tierras de Doiras y Triacastela, que seducen por su soledad de alta montaña y rememoran los poemas de Noriega o los óleos de vastos horizontes de Fermín González Prieto.

Muchos de sus cuadros se pueden reconocer fácilmente por la presencia de gentes anónimas y silenciosas que se reúnen pacíficamente en torno a algún acontecimiento de la calle: un baile, un sorteo, una procesión... Algún comentarista lo bautizó por ello como “el pintor de multitudes”.





Acierta de lleno el profesor Filgueira Valverde cuando analiza sus cuadros en un pequeño texto cuyo párrafo inicial no me resisto a transcribir literalmente:

“Fai anos tiven que razoar o meu voto a prol de Fernández Sánchez no xurado dunha mostra. Dixen que eu vía nel un dos poucos pintores que saben ollar o noso pobo, como unha comunidade, en moitedumes ou en xuntoiros familiares, nas feiras, nas festas, no rueiro, no río, no enterro... Xentes que falan entre si, amodiño, sin berros, ou que cantan, arrolando, moi docemente. E sempre xunguidas á Natureza, nunha terra que acolle, con agarimo de colo maternal...”

Pero lo que nos decidiu a incluir a este artista en nuestra revista estradense es la gran pasión que Fernández Sánchez sintió desde siempre por los caballos. Su presencia en el curro de Sabucedo era habitual. Con su fisonomía característica, de traje cruzado, brazos estirados y ademán cordial, se dejaba ver en cualquier certamen o exhibición equina que se organizara entre estos parajes limítrofes del

Ayuntamiento de A Estrada. De estas experiencias salían unos cuadros que delatan su condición de artista de mirada limpia, que no se plegaba jamás a la anécdota ni al reclamo fácil. En estos lienzos y dibujos convierte al caballo en el único centro de interés, impecablemente estudiado en su proporción ajustada por los límites del marco. La figura humana ha desaparecido por completo de estas telas, pues no sería más que un estorbo sin venir a cuento. Son aglomeraciones de caballos organizados en rueda o que huyen apelonados en manadas. Composiciones de diseño clásico que traslucen el amor con que el artista va recreando las formas sinuosas del animal, una a una, en diferentes posiciones.



Pensamos en precedentes ilustres, como el velazqueño primer plano de la grupa que se impone hacia el lado derecho del cuadro de “Las Lanzas”; la de especialistas holandeses del XVII como Aelbert Cuyt o Paulus Potter y, como no, la temeridad compositiva de algún impresionista francés como Edgar Degas, avalado por las insólitas revelaciones que, acerca de los movimientos del animal aportara a finales del siglo XIX la invención del cinematógrafo.

El dibujo de Fernández Sánchez es firme y de trazo grueso. Del empleo del pincel en sus años de madurez, evolucionó hacia el de la espátula a principio de los años setenta. Consigue dar así mayor frescura y plasticidad a los resultados y le acerca al vibrante tratamiento colorista del Benjamín Palencia de los años de posguerra o al de otros autores de la citada escuela de vallecas.

Esta temática de caballos dispuestos sobre un descampado, en variadas actitudes, fue la más abundante en el total de su producción

de los años ochenta. En las últimas muestras que ofreció al público llegó a ser argumento recurrente, y poco menos que obsesivo, experimentando con un nuevo procedimiento a base de gruesos espatulazos extendidos sobre una base de apariencia fotográfica.

Hoy a Fernández Sánchez le han olvidado por completo aquellas gentes que acudían en masa a las inauguraciones de sus muestras habituales y disfrutaban de la declamación de algún rapsoda, del repertorio musical de la Agrupación Albéniz o de las palabras de alguna personalidad relevante.

Apenas sabe nadie la consideración de la que hacía gala cada vez que encualquier charla de amigos salía a relucir el nombre de A Estrada. Paseaba agusto por sus calles poco antes de acudir a la Rapa, tomaba el pulpo en la de Ruperto Neira y, al poco, se dirigía, feliz, a disfrutar de la compañía de sus fieles amigos los caballos, a la búsqueda de una inspiración que diera nuevo aire a sus pinturas.